

Sergio Magaña, uno de nuestros autores teatrales de mayor relevancia actualmente, llama a su última obra que se ha estrenado en el Teatro Reforma *Auto sacramental musical de mucha magia*, y con gracia agrega, como en las obras del siglo pasado, que es de “gran aparato”, o sea que tendrá una brillante producción y una hermosa escenografía, o varias, con trucos de escotillones, llamadas, prestidigitación, rico vestuario, etcétera. Así se anunciaban la comedia de magia que durante todo el siglo XIX se representó sin cesar, temporada tras temporada, y en muchos y muy diferentes teatros, desde el elegante Nacional hasta el humilde del Pabellón Mexicano, y que se titulaba *La pata de cabra*, y para la cual hasta el célebre pintor francés Riviere diseñó unas decoraciones allá por 1852 o 53, cuando estuvo de visita en México. Julio Castillo, el director escénico de la obra de Magaña, dice que es un “teatro de síntesis”, mientras que Gloria Mestre, la productora, lo llama “teatro integral”. Los actores dicen que es un “valioso e interesante experimento teatral”, y el público del estreno, exquisito e intelectualoide, salió diciendo que aquello era una “vacilada”. Pues bien, ninguno de esos nombres cabe en la definición exacta de *El mundo que tú heredas*, que hemos visto en el Teatro Reforma. ¿Por qué tenerle tanto miedo a una palabra tan bella? ¿Por qué se piensa que dar la definición precisa podría demeritar la comedia? Y si se tiene tanto miedo o tanto desprecio por el género que la palabra significa, ¿para qué escribirla, para qué montarla y para qué dirigirla? La nueva obra de Sergio Magaña es, simple y sencillamente, una PASTORELA, género que se viene representando en México desde el siglo XVII y que, según se cree, nació en el convento de Acolman, y que poco a poco fue adquiriendo sus elementos que la caracterizan como una auténtica expresión de teatro nuestro.

La pastorela alcanzó su mayor auge durante el siglo XIX, sobre todo en los pueblos, y las noches de posadas no tenían importancia si no se representaba en el teatro del lugar una de ellas. En el siglo XX el género cayó en desuso, al menos en el Distrito Federal, y no es sino hasta hace unos años que en Tepotzotlán, Mi-

guel Sabido, Lourdes Canales, y Jaime Saldívar la resucitaron con gran éxito, tanto que la Dirección de Acción Social organizó un concurso de pastorelas que en la Navidad de 1969 tuvo más de cuarenta grupos inscritos y en todas las plazas de la ciudad se representaron diferentes interpretaciones, desde la pastorela tradicional hasta la pastorela *a go go*. No hay, pues, motivo ninguno para ver con desprecio y con vergüenza este hermoso género teatral mexicano, ni hay por qué tampoco dar largas explicaciones en el programa acerca de complicados símbolos que la obra de Magaña pretende tener. Es una excelente pastorela y nada más. Ni Lizardi, ni Osorno, ni Magaña, ni miles de anónimos autores se propusieron otra cosa al escribir sus pastorelas que divertir al público con las travesuras de los diablos que tratan de impedir a los pastores que lleguen a adorar al Niño Dios, y el triunfo de San Miguel Arcángel, el bien, sobre Lucifer, el mal. Todo lo demás que se dice en el programa no es más que una justificación pedante para algo que no la necesita.

Ya he dicho que la pastorela de Sergio Magaña es magnífica, pero creo que lo es más aún la puesta en escena del joven director Julio Castillo, quien demuestra una vez más que su riqueza imaginativa es inagotable. El aprovechamiento de cualquier parte de un local como arena dramática revela en Castillo que tiene un exceso de imaginación que en ocasiones, como en *Los asesinos ciegos*, lo ahoga y hasta lo inutiliza, pero en cambio en *El cementerio de automóviles*, y en las obras del Festival de Teatro Latinoamericano, *Así que pasen cinco años*, y en *El verano*, y por fin *El mundo que tú heredas*, le sirve para presentar un magnífico espectáculo visual lleno de sorpresas. Asistir a una dirección de Julio Castillo es como penetrar en un mundo mágico del que en México sólo han tenido llaves para dejarnos pasar, Remedios Varo, Leonora Carrington, Sofía Bassi, Gabriel García Márquez, René Rebetez y Julio Castillo. El escenario de un teatro le es insuficiente a este talentoso director para proyectar su propia alquimia mental y por eso recurre a cualquier espacio para alucinarlos, hasta llegar a lo que no se puede llamar lo más espectacular y original, porque en Castillo siempre cabe esperar mayores sorpresas, pero sí en lo último que le hemos visto, o sea en esta pastorela, de montar la gran batalla celeste entre el bien y el mal,

entre demonios y ángeles, en un ámbito efectivamente aéreo, en el espacio, creando alrededor (y nunca más justamente esta palabra), del público el ambiente exacto, la alucinación total, el miedo mismo al fenómeno celestial que tiene lugar sobre su cabeza. Es de sentirse que alguien haya dicho que esto era circo, arrugando la nariz con desdén, porque sólo demuestra no poseer un mínimo siquiera de mundo interior en el que la fantasía predomina, y el bloqueo mental hacia las sensaciones infantiles, hacia la pureza, hacia la magia, es algo verdaderamente grave en el individuo.

Sería cuestión de ocupar páginas y más páginas para señalar todos y cada uno de los cientos de detalles de que está llena esta puesta en escena de la pastorela de Sergio Magaña, y que revelan esa extraordinaria riqueza imaginativa de que hablé antes y que posee a toneladas Castillo. Quizá haya una mínima parte de mal gusto en los bailes de unas coristas extraídas del viejo Tívoli, pero después de todo interpretan a seres demoniacos, y junto a ese detalle criticable se levantan estupendos, y sólo para mencionar dos de ellos, el del complejo de inferioridad que le sale a Satanás en forma de títere, otro elemento totalmente mexicano, y el de la “escalera al cielo”, como una ascensión que remata en apoteosis y “gran aparato” todo lo que vimos a lo largo de dos horas. Vaya un abrazo lleno de admiración a Sergio Magaña y a Julio Castillo, deseando que esta pastorela no se quede en el ámbito exquisito de un local de veinticinco pesos el boleto. Es verdadero teatro popular que las autoridades de Educación deben dar gratuitamente a todas las escuelas del Distrito Federal.

Una crítica para terminar tanto elogio: Julio Castillo debe rodcarse de actores profesionales para montar sus espectáculos. Buena parte de sus intenciones se pierden siempre por la mala interpretación. En *El mundo que tú heredas* sólo Sergio Ramos y Gabriel Pingarrón están realmente bien. Los demás muestran sus buenos deseos, pero que no bastan para la magnitud de lo que quiso hacer el director.

4 de octubre de 1970